

gla alguna; ó como si á la luz de toda racional filosofía, no fuera la primera ley del mismo hombre, la de mantenerse siempre y por siempre fiel á la verdad.

De tan absurdo principio, aceptado *á priori*, sin sujetarlo á un examen sério y concienzudo, deriva para la sociedad, Venerables hermanos é hijos nuestros, esa espantosa licencia, con que en las tiendas y talleres, en los hoteles y salones, en las tertulias y hasta en las conversaciones de familia, no son tenidas por gentes de gusto, las que no se permiten más ó menos, algun dicitio, alguna diatriba, contra la religion, contra los dogmas, los Sacramentos y cosas sagradas que la Iglesia católica aprueba y practica. Estos modos de hablar, las más veces contienen formales blasfemias contra lo más sagrado y más santo; y si bien las personas religiosas y timoratas, se abstienen de proferirlas; dan por lo ménos lugar, á causa de la indiferencia con que las oyen, ó de la semiaprobacion que les prestan, á que los impíos y blasfemos léjos de corregirse, crean que han sentado plaza de hombres ó mujeres de importancia y de personas verdaderamente instruidas. El jóven imberbe, la tierna doncella, el gracioso niño, que ven y palpan la estimacion y el aprecio, de que tales personas son objeto, de parte de sus padres ó madres, naturalmente piensan, que no será tan malo ni reprochable hablar de aquella manera respecto de lo más santo, puesto que quienes en sus casas debian impedirlo, no lo impiden, sino que ántes bien lo fomentan con su deferencia. ¿Y quién no vé, ó no alcanza, las peligrosas y terribles consecuencias que el entendimiento de los jóvenes y de los niños, saca forzosamente de una conducta tan imprevisiva?

Desengañémonos, Venerables hermanos é hijos nuestros. La causa de que todo el mundo se vea actualmente envuelto por decirlo así, en el pecado y en la iniquidad de la blasfemia; y de que en nuestra misma sociedad exclusivamente católica, se propague con tanta rapidez este horrible crimen; no consiste tanto en los progresos de la escuela irreligiosa, como tal escuela; sino en que descendiendo esta del terreno de sus absurdas teorías y de sus inconcebibles hipótesis al país de las realidades, ha escogido por principal campo de batalla, el sagrado del hogar doméstico, trabajando sin descanso de dia y de noche en inocular con su veneno á las gentes honradas y en infiltrarlo con sutileza en el seno mismo de las familias más timoratas y religiosas.

¡Alerta, pues, padres y madres cristianos! ¡Alerta, jefes de familias católicas! porque en verdad no estais seguros en conciencia, si os contentais con alejar á vuestros hijos y domésticos de los lugares en que públicamente se escarnece á la Religion, blasfemando de sus dogmas, de su moral y de su culto, no: puesto que algo más exige de vosotros vuestra profesion de cristianos; y que de algo más se os ha de pedir estrecha cuenta en el incorruptible tribunal del Juez Supremo de vivos y muertos.

Ese *algo más*, amados nuestros, son las criminales contemporizaciones con que por la ambicion de hacer figurar en el mundo á vuestros hijos, los entregais para su educacion y enseñanza, á hombres de quienes bien sabeis que son descreidos; sufocando para esto la voz de vuestra conciencia, con la vana ilusion de que los jóvenes y los niños, se atenderán más bien á su primera enseñanza cristiana, y á los ejemplos domésticos, que á las palabras y ejemplos de sus profesores y de sus maestros; sin recordar, que en el corazon humano despues de la caída original, hay una sentina de inclinaciones perversas, de pasiones innobles y bastardas, que no necesitan para ponerse en actividad y movimiento más que de un ligero impulso, á la manera que un monton de combustibles no ha menester más que de unas cuantas chispas para producir un terrible incendio. Tal olvido, padres y madres cristianos, acusa en vosotros más que un excusable candor; porque la experiencia diaria y dolorosa de lo que siempre acontece en estos casos, os habla demasiado alto, para que con verdad podais decir en vuestro abono *lo hize con ignorancia, ignorans feci*.

Ese *algo más* consiste, en la torpe cobardía, con que por el pueril temor de tener algo que sufrir, admitis en vuestra intimidad á hombres que no contentos con no creer en su corazon, jamás desperdician pretexto alguno por fútil que sea, para blasfemar con sus sarcasmos, de cuanto vosotros como católicos acatais y reverenciais, conforme á la enseñanza de la Religion, y esto sin recatarse de vuestras esposas, de vuestros hijos y domésticos.

Ese *algo más* es igualmente, vuestro mismo comportamiento para con el blasfemo, cuando, en vuestra presencia se desmanda en sus palabras contra las cosas santas. ¿No es verdad, que en esos casos, algunos de vosotros llegais hasta á aplaudir, no en verdad de corazon, pero sí por miedo y cobardía? ¿No es cierto que muchos, aunque no aplaudan,

si alientan al impío, con su buen agrado, con su sonrisa, poseídos de la misma pasión del miedo, á que no saben, ni intentan sobreponerse, conforme á su cristiano deber? ¿Cuántos de vosotros, cumplis bien con la obligación estrecha y grave, de no dar muestras las más mínimas, de aprobacion ó de anuencia, á los conceptos irreligiosos é impíos, en que casi siempre abundan las conversaciones y discursos de los hombres descreídos? En verdad, amados nuestros, que si no lo haceis así, no estais inmunes ni inocentes de la iniquidad de la blasfemia; porque ciertamente habeis tenido parte en ella, siempre que con vuestro porte habeis alentado al que la profiere, ó que por lo ménos la aprobais, absteniéndoos de toda muestra de disgusto ó desagrado.

Ese *algo mas* es, por último, la facilidad con que muchas personas católicas se permiten leer, y consienten en que sus familias lean tambien, las irreligiosas é impías producciones de la prensa anticristiana, en que sin ninguna retentiva se hace burla y mofa de lo que la Religion acata y venera, ó bien en que se niegan, ó se trata de quimeras, los dogmas sacrosantos de la fé.

Hé aquí, Venerables hermanos é hijos nuestros, el principal vehículo de la blasfemia en todo el mundo, y con cuyo auxilio, llega ésta á penetrar en todas partes haciendo innumerables cómplices. Por eso os dijimos y os encargamos con encarecimiento en otra vez: ¹ “Que mirais con horror los libros, los folletos, los periódicos en que por desgracia son atacados ya abiertamente los sacrosantos dogmas de la Religion, y en que sin respeto ninguno á las cosas santas, se habla con el mas impío desprecio, con el sarcasmo y con la burla, de las prácticas mas autorizadas por la Iglesia; porque semejantes lecturas son un veneno, de que debeis á todo trance preservaros.”

Ahora, haciendo nuestros algunos de los conceptos de nuestros Venerables hermanos, los Ilmos. Sres. Obispos de Suiza, en su Pastoral colectiva de Diciembre de 1872, os preguntamos: “¿Sabeis lo que el Apóstol San Juan escribe á una madre y sus hijos, familia notable por su caridad cristiana? Escuchad esa palabra inspirada. *El que retrocede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee á Dios. . . . Si alguno se acerca á vosotros, que no os lleve esa doctrina, guardaos de recibirlo*

¹ Advertencia de 13 de Noviembre de 1873.

*en vuestra casa. . . .*¹ Pues bien si la palabra del Apóstol de la caridad prohíbe toda relacion con aquellos que no profesan la doctrina de Jesucristo, claro está que alcanza tambien á esos escritos que atacan con las mas violentas pasiones á esa misma doctrina de Jesucristo y á la Iglesia encargada de enseñarla. A ellos, pues, y muy particularmente, se dirige por motivos muy urgentes, esta advertencia del Apóstol: *Guardaos de recibirlos en vuestras casas.* Sí, sí, padres y madres, *guardaos de recibirlos en vuestras casas. . . .* Porque: ¿qué es lo que leis en estos impresos tan prodigados? Hoy son en general injustas calumnias contra el Sacerdocio y el estado religioso; hechos escandalosos inventados al antojo, é inventados contra su honor y reputacion: mañana es una mentira histórica refutada ya cien veces; pero siempre reproducida con la desvergüenza mas odiosa, con la acritud mas repugnante: otro dia, es una malvada interpretacion, ó un falso relato de las doctrinas y de las prácticas católicas, ó bien la denigracion, la burla y el escarnio de los sagrados misterios: otras veces, y muy á menudo, es la reunion repugnante de todas las impiedades, arrojadas juntas á los ojos del lector. . . . Si un seductor se introdujese en vuestra casa, ¿no tendriais cuidado de prevenir contra él á toda vuestra familia? ¿Cómo es, entónces, que dejeis entrar en vuestra casa á ese corruptor silencioso? ¿No efectúa sus malos designios con mas asiduidad, con mas secreto y perseverancia? El escándalo, es el escándalo, y la responsabilidad recae sobre el que se hace culpable de él. Cerrad, pues, á todo impreso pernicioso la entrada en vuestras casas; si no, recaerá tambien sobre vosotros la sentencia grave y terrible formulada por el Apóstol San Pablo: ² *Si alguno no tiene cuidado con los suyos, y particularmente con los de su casa, ha renegado de la fé, y es peor que un infiel.*”

Al considerar, Venerables hermanos é hijos nuestros, la inmensa propagacion de la blasfemia por medio de la prensa impía, en casi todos los países: al ver que el nuestro, que hasta hace algunos años se habia mantenido un poco atrás, en esta especial provocacion de la cólera Divina, ha entrado tambien por último en tan funesta senda, reproduciendo sus prensas las impiedades y abominaciones mas escanda-

¹ Epist. 2^a, de San Juan, v. 9.

² 1^a ad. Timoth., c. 5 v. 8.

losas y repugnantes: preciso es convenir, en que á pesar de los visibles y patentes castigos con que la Providencia nos aflige hace algun tiempo, y que la insensatez del ateo se esfuerza en explicar de un modo exclusivamente natural, sin que por esto satisfaga á ningun espíritu observador, así porque las laboriosas investigaciones de la ciencia están todavía muy lejos de atinar con las causas físicas de todo lo que sufrimos; como porque aunque atinaran en la designacion de las causas inmediatas, no habrian dado un solo paso para excluir la intervencion de una causa suprema é inteligente, que las mueve á su arbitrio y las dirige: preciso es, decimos, que bien considerado todo esto, no nos quede mas recurso, que exclamar con el Profeta Jeremías: *Misericordia grande es del Señor, que no hayamos sido enteramente aniquilados.*¹ *Misericordiae Domini quia non sumus consumpti.* Porque, ni esos inmensos incendios é inundaciones tan extraordinarias y repetidas en otros países, en el curso de este año, ni los terremotos tan frecuentes en el nuestro de nueve meses á la fecha, y que en el continente vecino han destruido ciudades enteras casi al mismo tiempo; ni la multitud insólita de muertes repentinas en el mismo período; ni todas esas plagas y desastres, affigiendo juntos y á la vez todos los países del mundo, serian suficiente expiacion, Venerables hermanos é hijos nuestros, del pecado y del escándalo de la blasfemia, propagado por una sola de las prensas dedicadas á tan infame tarea así en Europa como en América.

La razon de esto es, porque si del simple pecado de escándalo está escrito en el Evangelio², que *mas le valdria al pecador escandaloso que se le atase al cuello una piedra de molino, y se le echase al mar;* ¿qué será cuando esta culpa va junta con el crimen de la blasfemia, como acontece en el escándalo producido por la prensa impía? ¿Quién podrá calcular los espantosos estragos que él causa en la heredad del Señor? ¿Quién enumerar los centenares de millares de cómplices, que arrastra en pos de sí, en un solo año, en un solo mes? ¡Ah! La experiencia diaria nos dice, que la juventud, á quien las pasiones que empiezan á brotar, predisponen de antemano á creer cuanto se encamine á librar su entendimiento del yugo de la fé, y su corazon del de la mo-

¹ Lament., c. 3., v. 22.

² Marc., c. 9, v. 41.

ral, dispensa con demasiada facilidad á tales escritores, de todo argumento ó prueba sólida, tomando por demostracion convincente, ciertos vislumbres ó llamaradas de imaginacion, que si van sazonadas con algunas zumbas, con algunas ironías, con algunos doñaires, de nada mas se ha menester, para que esa juventud tan predispuesta, piense y crea estar ya convencida, cuando solo está deslumbrada; y para que obrando á su vez como si estuviera en posesion del verdadero convencimiento, extienda y propague por todas partes el veneno que se le ha propinado para perderla. Y como la mayor parte de esa juventud, no tiene tiempo ni ocasion para dedicarse á serios estudios, incompatibles las mas veces, con las profesiones de que subsiste: hé aquí, que aquel primer deslumbramiento reemplaza con demasiada frecuencia por toda la vida, á la razon y á la conviccion. ¿No es esta, Venerables hermanos é hijos nuestros, la historia fiel y verídica de innumerables hombres ya maduros, y aun decrepitos, cuyas familias no son á su vez mas que otros tantos Seminarios del escepticismo y de la impiedad?

Permitidnos ahora, que nos ocupemos por un momento, en considerar en sí mismo, el reato de este pecado de la blasfemia escandalosa, que se comete todos los dias, á todas horas, y á cada momento, por la prensa impía: reato de que participan á su vez cuantos temerariamente se entregan á la lectura de los periódicos y folletos, por cuyo medio se propaga la blasfemia; y cuantos consienten, por lo ménos con una indiferencia criminal, que sus hijos ó subordinados alimenten su espíritu con ese género de lecturas, prohibidas severamente, y tan abominadas por la Iglesia de Dios.

Para esto, en verdad, no tenemos mas que atender á lo que el mismo Espíritu Santo nos enseña por medio de la inspirada pluma del Apóstol San Juan, quien en su epístola primera,¹ no vacila en llamar Anticristo, *et hic est Antichristus* al escandaloso blasfemador de los misterios del cristianismo.

Con los demas pecados, el hombre se hace á sí mismo infeliz, por cuanto desprecia y conculca la ley de Dios, cuyos derechos son imprescriptibles; pero con el escándalo de la blasfemia, se erige y constituye en adversario y enemigo directo de Jesucristo, *Antichristo*; puesto

¹ 1 O. 4, v. 3.